

OCULTO EN LOS ESCOMBROS

Hannah Michell

Traducción: Susana Sáenz

MÓTUS

EL DERRUMBE

1992

JAE ERA UN HOMBRE DE palabra y le había prometido a Sae que llegaría a casa a las seis en punto. Sae miró el reloj cucú verde de la cocina, esperando que el pajarito anunciara la hora. La última media hora antes de que él regresara era la más difícil. Faltaba muy poco y, sin embargo, la espera se hacía muy pesada. Los niños se estaban cansando y sus movimientos temerarios se volvían cada vez más frenéticos en su pequeño apartamento.

Imaginó que Jae cruzaba las barreras, a punto de entrar en el metro, para volver a casa. Unas horas antes, cuando se había reencontrado con los niños, se había sentido feliz de verlos. Mientras esperaba en la verja de la guardería, los observó jugando en el patio sin que notaran su presencia. Entonces llegaba el momento que ella adoraba, cuando la veían y, dando grititos de alegría, se lanzaban a sus brazos.

Le costaba acostumbrarse a que la llamaran mamá: esa forma de invisibilizar su nombre la hacía sentir un poco extraña. Sin embargo, en esos momentos de encuentro con su hijo más pequeño, Hoon-min, cuando se abrazaban, ella

se sentía viva y poderosa, como un capitán que rescata a los tripulantes de un barco que naufraga. Era un sentimiento que duraba solo unos momentos, antes de que sus nervios comenzaran a crispase con el correr de las horas y ella empezara a mirar el reloj a la espera de la llegada del padre.

Los niños tenían hambre, pero ella quería aguardar a Jae. Durante semanas, su trabajo de ingeniero lo había mantenido en la obra de construcción de la Torre Aspiración casi todo el día. Esta noche, había prometido llegar temprano para que pudieran cenar juntos, aunque ya eran las seis y cuarto y no había señales de él. Ella se sentía como una tetera llena a punto de hervir, y el llanto de Hoon-min era la llama que amenazaba con hacerla desbordar. Después de chequear que los niños no hubieran desconectado el teléfono de la pared otra vez, miró su silencioso bíper, y sintió cómo comenzaba a temblar de furia. Les gritó a los niños que se sentaran a la mesa y preparó arroz y algas, sin culparse por ofrecerles una comida tan escasa. “No es que sea así todos los días”, diría Jae. Él sabía cómo apaciguarla. Sintió que su rabia hacia él se disipaba, así que se esforzó por mantenerse enfadada.

A eso de las siete, Sae no tuvo más remedio que aceptar la ausencia de Jae. Pensó en dejarle un mensaje en su bíper, pero seguramente él llamaría en cualquier momento, con la excusa de que lo habían retenido en la Torre por algún tema. Haciéndose cargo de las tareas de la noche, comenzó a bañar a los niños, les pidió que dejaran de jugar con sus penes, que no la salpicaran ni se echaran agua en los ojos. Por supuesto no le hicieron caso. Seung-min quería salir del agua. Dijo que tenía calor. Hoon-min quería quedarse. Ella respiró profundamente, sintiendo que su paciencia se extinguía como una débil llama. Se sentó en un asiento bajo, con la espalda contra las losas mojadas mientras ellos chapoteaban. Cuando comenzó a molestarle la espalda, les anunció que era momento de salir y, por supuesto, la ignoraron.

—¡Vamos! ¡Salgan del agua! —les gritó.

La severidad de su voz los detuvo al instante. Obedientes, salieron de la tina y la miraron con asombro. Sae se volvió, ya arrepentida. Le disgustaba acabar con su alegría, pero se sentía agotada y ellos tenían que irse a la cama.

—¿Dónde está papi?

—No lo sé.

—Quiero a papi.

Cuando Hoon-min comenzó a lloriquear, Seung-min salió corriendo, dejando una huella mojada a su paso mientras saltaba sobre la ropa de cama en el suelo. Les puso el pijama a los niños deprisa, apagó la luz y les advirtió que si no se calmaban dejaría que se durmieran solos. Las palabras tuvieron el efecto deseado. Cayeron agotados en la cama y Sae se acostó entre los dos. Dieron varias vueltas, inquietos, por el calor. Los niños le aferraban los lóbulos de las orejas. Ella era una suerte de juguete para ellos, su conexión a tierra. La mano de Hoon-min se volvió más pesada cuando el niño se dio vuelta, bostezando y adormecido, y tiró de la camiseta de su madre. A sus dos años, todavía tenía la costumbre de dormirse mamando, pero ella había resuelto destetarlo. Le tomó la mano y se la apretó. “No”. El ritmo de la respiración de Seung-min cambió, se fue calmando, pero sus ojos se mantuvieron abiertos en un punto fijo en el techo con la pintura agrietada.

Sae oyó un ruido fuera y contuvo la respiración, temiendo que Jae hubiera elegido justo ese momento para llegar a casa. Todo su esfuerzo para calmarlos se perdería si los niños vieran a su padre.

Pero pasaron unos momentos. Ningún ruido de pasos; solo los sonidos que emitía el viejo refrigerador en la cocina, el rumor sordo y apagado del tráfico distante en la autopista y la rítmica respiración de los niños. Habían dejado de moverse y sus largas pestañas se habían aquietado. Qué milagro y qué belleza era verlos en la oscuridad, dormidos. Lo primero que

hacía Jae cuando llegaba tarde a casa era mirar a los niños, acurrucados, durmiendo juntos, como un ladrón que quiere asegurarse de que las joyas robadas siguen a salvo. A ella le encantaba que él los valorara siempre, que no compartiera su ambivalencia de horas de amor y deseos de apartarse de ellos por momentos, la contradicción de estar distante y presente a la vez. Quería que crecieran; quería que siguieran siendo pequeños. La devoción de Jae por los niños era un motivo de unión en su relación, pero en esa pasión ella también presentía el fantasma de una niñez sin cariño: para él la familia era algo inasible, como un pez que se escurre entre los dedos.

La quietud no era propia de los niños. Sae sintió una punzada de ansiedad en el estómago. Tal vez una premonición. Salió de la habitación para resistir el impulso de despertarlos. Mientras encendía un espiral verde para ahuyentar a los mosquitos, su enfado se fue transformando en inquietud. Eran las ocho y cuarto. Le envió un mensaje a Jae a su bípér. No era normal que no llamara. Durante todo el día el aire tórrido había presagiado un verano implacable. Muy pronto llegaría la temporada de monzones trayendo a un invitado no deseado, una criatura húmeda que cobraría vida en sus libros, sus sábanas y sus cojines. Había algo glorioso en la pegajosidad; la forma en que los invitaba a desprenderse de las capas, empapados en el calor húmedo de la noche, sin poder dormir, y los hacía abrirse unos a otros. Jae siempre había sido un hombre de pocas palabras, pero desde hacía meses parecía preocupado y distante, inquieto por su proyecto en Torre Aspiración más taciturno que de costumbre. Hacía poco tiempo, se habían sucedido una serie de cortes de energía en la ciudad, y por las noches, cuando ya no había luz para trabajar, se habían acostumbrado a sentarse en el balcón, compartiendo una lata de cerveza fría. Había sentido entonces que Jae volvía a ella.

Sae salió al balcón y miró el asiento vacío de Jae. Las

incontables ventanas de los apartamentos del edificio de enfrente le parecieron como un montón de pantallas en miniatura que proyectaban vidas similares a la suya. Esas escenas eran lo más cercano a las entrevistas que había hecho para su trabajo, cuando recogía testimonios y relatos turbulentos de la vida bajo la dictadura. Echaba de menos el ritmo de trabajo en el periódico, el pulso y la vibración de las últimas noticias, pero había una comodidad reconfortante en la monotonía de sus días en casa con los niños. El sonido del teléfono la sacó de estos pensamientos y atendió de inmediato para que no despertara a los niños.

Pero no era Jae. Era Bora, que vivía en el edificio, en un apartamento dos pisos más arriba.

—Solo llamo para confirmar si Jae ha llegado a casa. Me comentaste que volvería temprano —dijo Bora. Sae se dio cuenta de que estaba comiendo mientras hablaba y frunció el ceño, sorprendida por la formalidad de una llamada telefónica.

—¿Qué quieres decir?

Oyó que el cable del teléfono se movía. La voz de Bora sonó un poco más fuerte.

—Ya ha vuelto, ¿verdad?

—No. De hecho, está retrasado.

Se hizo una pausa. La voz de Bora sonó extraña cuando volvió a hablar.

—Enciende la televisión —dijo despacio—. Está en todas las noticias.

La tele parpadeaba mostrando la imagen de un coche tumbado en una calle sembrada de escombros. Trabajadores uniformados caminaban por encima de los cristales rotos con las manos sobre la boca. La cámara giró para mostrar las nubes de polvo y humo que se levantaban.

Un entrevistador con la ropa manchada de polvo le acercó el micrófono a un hombre de traje cubierto también de polvo.

“Se oyó un estruendo y la mitad del edificio simplemente

se desplomó. Nunca había visto algo así. Supe que tenía que salir cuando comencé a oír los ruidos. Era como el gruñido de un animal. Pero hay otros —tartamudeó secándose el sudor del rostro con la mano—. Todavía hay gente atrapada dentro”.

La habitación comenzó a girar y ella se aferró a la mesa de la tele con ambas manos. El auricular del teléfono se deslizó hasta su hombro y tuvo la sensación de que una presión en sus oídos distorsionaba todos los sonidos. La voz de Bora se oía distante.

—¿Has tenido noticias de él?

Sae inclinó la cabeza hacia el hombro para que no se cayera el auricular y lo apretó contra su oreja.

—Eso no es... no es... —Sae no podía pronunciar en voz alta las palabras “Torre Aspiración”—. ¿Cuándo sucedió?

—Hace dos horas. ¿Qué sucede?

—Es que... no sé nada de Jae —respondió Sae. Se hizo una pausa.

—Estoy segura de que él está... —comenzó a decir Bora.

Sae intentó hablar, pero un sonido extraño escapó de su boca.

—Bajo ahora mismo —agregó Bora.

Sae se quedó sentada con un zumbido sordo en la cabeza y el auricular aún en la mano. Luego, con mucha calma, marcó el número de la oficina de su esposo. Sin respuesta. Dejó otro mensaje en su bípé y volvió a prestar atención a la pantalla. Un niño señalaba las ruinas llorando y la gente cubierta de polvo pasaba cojeando ante las cámaras.

Entonces, el familiar sonido de Bora caminando en pantuflas se oyó desde las escaleras antes de que apareciera en la puerta.

—Es probable que ya esté en camino —dijo con una débil sonrisa, sacándose las pantuflas antes de entrar y sentarse junto a Sae en el suelo. Bora se sentó formalmente sobre los talones como si ya estuvieran en un funeral—. Seguro habrá

una buena explicación de por qué no ha llamado —agregó—. No pienses lo peor.

Pero lo peor ya se había colado: un huésped sin invitación que presidía la espera. Las noticias habían concluido y una telenovela había comenzado sin que nadie la mirara.

—Tengo que ir allí —dijo Sae levantándose, sintiendo que la sangre volvía a correr por los dedos de sus pies.

Recorrió la habitación, necesitaba moverse. Esperar sin saber nada era una locura que no se podía permitir.

—¿No es mejor que esperes aquí? Podría llegar a casa en cualquier momento.

—Oí en las noticias que no hay suficientes voluntarios. —Sae tenía la sensación de que flotaba fuera de su cuerpo y que este se movía sin control—. ¿Te quedas aquí con los niños? Te llamaré para ver cómo están. Mándame un mensaje al bíper si te enteras de algo.

Bora asintió, vacilante.

Al llegar a la puerta, recordó la forma en que Jae en ocasiones giraba sobre sus talones antes de salir del apartamento y cruzaba la habitación para abrazarla. Como si le preocupara que ella no lo quisiera cuando regresara. Jae. Cerrado e impenetrable. Su sostén. Estaría allí ayudando a los que habían quedado atrapados. Era típico de él haberse comprometido en las tareas de los voluntarios y haberse olvidado de llamar.

Jae era un hombre de hábitos predecibles y constantes, que nunca se distraía en su regreso a casa y prefería los recorridos por calles tranquilas a las multitudes en las avenidas, que resonaban con el ruido de las motos y el parloteo de los vendedores. Amaba la tranquilidad, los sonidos suaves de la intimidad familiar en las callejuelas residenciales. Ella no podía ir más rápido de lo que ya iba por estos pasajes estrechos, esperando verlo cada vez que llegaba a una esquina.

En la calle principal, Sae pasó junto a vendedores que

estaban pegados a las pantallas de los televisores en sus tiendas y pudo percibir el ritmo silenciado de una ciudad que se replegaba sobre sí misma en cuanto se aproximaba una crisis. En la estación compró un boleto de metro, cruzó las barreras y subió al primer tren que llegó, buscando a Jae entre la multitud borrosa de rostros mientras arrancaba.

Apretada contra los otros pasajeros, recordó sus viajes de vuelta a casa en autobús cuando eran estudiantes, la forma en que simulaban que eran completos extraños después de pasar los controles de los oficiales, hasta que él chocaba contra ella y ella giraba su mano hacia afuera para sentir cómo el dedo de Jae recorría su palma. Pensó en la forma en que él había consolado a los estudiantes nuevos durante una protesta violenta. Cómo había colocado su mano sobre el hombro de un estudiante de primer año y le había asegurado: “Van a tener que pasar por encima de mí para hacerte daño. No te preocupes”. Ese recuerdo la serenó. Estaba segura de que lo encontraría con sus mejillas cubiertas de polvo, agotado y salvando a alguien del desastre.

La estación de metro más próxima a la Torre estaba cerrada, y mientras el vagón rodaba lentamente hacia la siguiente estación, Sae sintió que su corazón se aceleraba. Varias veces creyó verlo —el destello de la correa verde de su reloj, el viejo portafolio de cuero negro que se negaba a desechar—, solo para encontrar el rostro ansioso de un desconocido que la miraba.

En la calle, habían acordonado la zona para facilitar el acceso de los vehículos de emergencia. Le levantó el ánimo ver una larga cola de gente esperando frente a la cabina telefónica para hacer una llamada. Pensó que era por esa razón que Jae no había podido comunicarse. Relajó la tensión de sus manos y se secó la humedad de las palmas en sus pantalones cortos. Seguramente estaba allí de pie en algún lugar de la fila, impaciente, esperando para llamarla. Al acercarse al edificio sintió el olor del cemento mojado mientras personas

con las ropas desgarradas deambulaban a su alrededor. El aire estaba denso y opaco por el humo y ella sintió una opresión y un peso en el pecho.

Dobló una esquina y por un instante la luz de los reflectores le resultó tan intensa que no pudo ver la escena. Las noticias de la televisión no la habían preparado para esto: el edificio se mantenía sobre sus cuatro pilares, pero el interior estaba vacío. Por un momento se quedó demasiado aturdida como para moverse. Una enorme columna partida yacía desmoronada entre los cables que emergían como si fueran venas. A su alrededor, un páramo de hierros retorcidos y escombros. Avanzó hacia la polvareda con la boca contra el hueco del codo. La multitud avanzaba hacia la columna de humo que se elevaba en el límite de la zona afectada, donde los rescatistas estaban quitando objetos de entre los escombros —bloques de hormigón, unidades de aire acondicionado, botellas rotas de licor importado— para ver si oían las voces de quienes habían quedado sepultados.

Mientras se abría paso entre los espectadores, en busca de quienes removían los escombros, comenzó a darse cuenta de que había subestimado la escala del desastre: Torre Aspiración en su altura máxima, era un gigante. La escena frente a ella era la de una ciudad destrozada por una bomba. Era imposible imaginar que cualquiera que hubiera estado cerca del edificio habría podido salir ileso.

Un grupo de paramédicos la empujó a un lado para pasar.

—No puede estar aquí —indicó uno de ellos.

—Estoy buscando a alguien —dijo Sae. Casi no reconoció el tono débil de su propia voz.

Un voluntario con las mangas manchadas de sangre se separó del grupo y le hizo una seña con la cabeza en dirección a la estación de metro.

—Hay una zona de espera para los familiares en el gimnasio. Puede esperar allí.

Iba a empezar a protestar diciendo que él estaba entre los voluntarios, pero antes de que terminara de hablar llegó un hombre con un brillante chaleco reflectante e informó que faltaban camillas. Sae rodeó el perímetro, trepando por grandes bloques de hormigón y cristales astillados, consciente de las sirenas en la distancia, las voces indistintas y apremiantes, los cláxones de los coches en las calles vecinas.

Por encima del estruendo, oyó que alguien decía su nombre. Al volverse, vio un rostro familiar. Nunca se había sentido tan feliz de ver a Tae-kyu. Su antiguo colega del periódico *Diario de Seúl* antes de que dejara su trabajo unos meses atrás. Tae-kyu era lo más parecido a un padre que tenía. En su preocupación por encontrar a Jae no había pensado en que él podría estar allí.

—Hace falta una crisis nacional para que aparezcas —dijo él gritando sobre el ruido de las máquinas, mientras pisaba unas gafas con el armazón torcido. Al acercarse, ella vio que su frente estaba perlada de sudor y cubierta por una fina capa de cenizas. Él miró por encima de su hombro y señaló los escombros—. ¿Alguna vez te habías preguntado cómo se veían sesenta y cinco pisos hechos polvo? —preguntó.

Ella no pudo ni esbozar una sonrisa ni entrar en sintonía con ese toque de humor con el que antes habían informado de otros desastres. Él le había recordado la altura de la Torre y ella casi no pudo articular la pregunta.

—¿Creen que pueda haber sobrevivientes?

—Solo en el sótano, donde había un supermercado, y tal vez en los primeros pisos, donde estaban las tiendas de lujo —respondió él—. En la mayoría de los pisos superiores había oficina, así que allí abajo debe de haber sobre todo mujeres y niños.

Como Sae no hizo ningún comentario, Tae-kyu continuó hablando.

—Me alegro de verte. Debería haber sabido que no te

quedarías en tu casa mucho tiempo. ¿Por qué no me dijiste que has encontrado un nuevo trabajo?

Cerca de los pies de Tae-kyu había un zapato de niño aplastado, pero él no lo vio. Ella reconoció la expresión vivaz en su rostro, esa energía típica de cuando se enfrentaba a una crisis. No sabía cómo decirle por qué estaba allí, y él no parecía interpretar su inquietud.

—No me digas que te has ido a trabajar con el *Times* —agregó secándose el sudor del rostro con una pequeña toalla que tenía alrededor del cuello.

—No, yo no...

—Bien —dijo él—. ¿Has oído sobre los saqueos? —Se volvió para mirar al equipo de soldados que dirigían los movimientos de una grúa mientras levantaba un gran bloque de cemento del medio de los escombros—. Dicen que podría haber más de tres mil personas atrapadas allí abajo, y hay gente que piensa en excavar para ver si encuentra un bolso de Louis Vuitton. ¿En qué clase de sociedad vivimos? ¿Con saqueadores que están excavando los escombros para llevarse un bolso de un diseñador de lujo? —La miró unos instantes—. No es algo que puedas entender. Nunca has tenido nada de diseño, ¿no es cierto? Vamos, estoy bromeando. Un par de meses fuera del trabajo y ya has perdido tu sentido del humor...

Se detuvo de pronto como si hubiera visto algo en el suelo. Ella miró hacia abajo y vio que él miraba sus pies: tenía puesto solo un par de pantuflas que usaba dentro de la casa.

—No es el trabajo lo que te ha traído hasta aquí, ¿verdad? —preguntó poniéndole la mano sobre el hombro.

—Es Jae. —Ella desvió la mirada. Jae había estado trabajando en la instalación de una piscina en la terraza de la Torre. No quería mirar el rostro de Tae-kyu cuando se lo dijera o verlo calcular las probabilidades. Era más fácil permanecer en el reino de los milagros si no le daba los detalles—. Está trabajando aquí.

Era evidente que esto lo había afectado. Tae-kyu carraspeó como si fuera a decir algo, pero el silencio se instaló entre ellos. Sae se apartó el cabello negro de la frente y se despegó la camiseta empapada de sudor de la espalda.

—Él está aquí en algún lugar —dijo ella, echando una mirada a una camilla improvisada que estaban subiendo a una ambulancia—. Tengo que encontrarlo.

La parálisis momentánea de Tae-kyu era enervante; Sae nunca había visto que se quedara sin palabras. Trató de imaginar en qué se centrarían si esto fuera una nota periodística para su trabajo.

—¿Tienen idea de cómo sucedió?

La pregunta pareció animarlo y carraspeó antes de hablar.

—Se especula con que puede haber sido una explosión de gas. O incluso una bomba.

Sae asintió. Sentía de pronto la garganta seca y áspera, pensando en el vuelo de Korean Air que había explotado a manos de terroristas norcoreanos unos años atrás. Tae-kyu se dio cuenta de que su comentario no había sido oportuno.

—No soy ningún experto, pero la forma en que se han dispersado los escombros no parece propia de una explosión. Se habrían producido más daños en los edificios vecinos. Dicen que podría haber muchos sobrevivientes. Es solo cuestión de extraerlos de debajo de todos los escombros.

Acababa de decir estas palabras, cuando se oyó un estruendo seguido de gritos. Los sonidos se apagaron, los taladros se acallaron. Lo que quedaba en pie de la estructura pareció inclinarse hacia un lado, la grúa se fue ladeando con ella, los bordes del terreno parecían levantarse. Algo se quebró con estrépito y las columnas que aún estaban en pie temblaron. Entonces, todo lo que quedó visible fue una nube densa y gris.